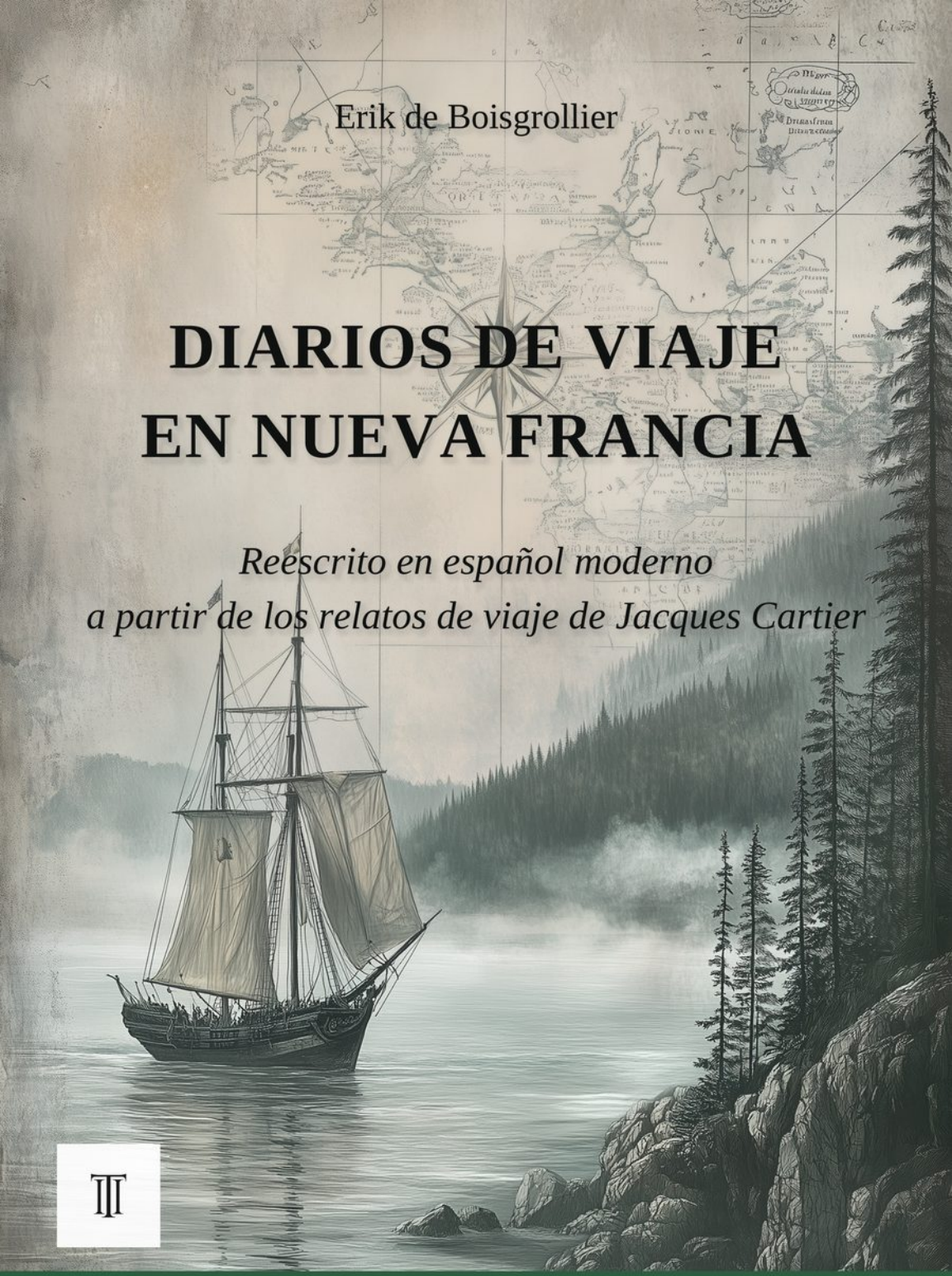
Erik de Boisgrollier

DIARIOS DE VIAJE EN NUEVA FRANCIA

Reescrito en español moderno
a partir de los relatos de viaje de Jacques Cartier



El primer europeo en oír la palabra "Canadá": tres viajes, tres encuentros, un mundo que se tambalea.

A Caroline, Christian, Pia y Victor

Diarios de viaje en Nueva Francia



Américas Salvajes

Diarios de Viajes Olvidados

Diarios de viaje en Nueva Francia

Reescritura integral en español moderno de los relatos de viaje "Voyages au Canada (Relations de 1534, 1535-1536 et 1541-1542)" de Jacques Cartier, 1534-1542

Itinerarium Éditions, 2026

Ilustraciones y cubierta: Erik de Boisgrollier
Mapas: Mapbox, © OpenStreetMap contributors
© 2026 Erik de Boisgrollier. Todos los derechos reservados.

El editor y el autor

Itinerarium Éditions

Miles de extraordinarios relatos de viaje duermen en el dominio público, atrapados en una prosa que se ha vuelto ilegible. Lenguas arcaicas, giros obsoletos, referencias perdidas: estos textos ya no encuentran a sus lectores.

Itinerarium Éditions identifica los más notables de estos relatos y los reescribe íntegramente en lengua contemporánea, respetando la voz del autor original. El resultado: textos fieles, fluidos, listos para ebook, libro impreso y audiolibro.

Erik de Boisgrollier

Apasionado de la historia y la geografía desde siempre, Erik de Boisgrollier ha vivido en Francia, España y Australia. Gran viajero, ha recorrido Europa, Asia-Pacífico, América del Norte y América del Sur. Fue al descubrir los relatos de Jacques Cartier y Nasir Khusraw cuando tuvo la idea de dar una segunda vida a estos textos olvidados. Dirige la línea editorial de Itinerarium y trabaja principalmente en las colecciones Américas Salvajes y El Viejo Oriente.

Tabla de contenidos

Introducción 12
Capítulo 1: El juramento de Saint-Malo 18
Capítulo 2: Isla de las Aves 21
Capítulo 3: La costa que Dios dio a Caín 26
Capítulo 4: La isla de Bryon y la bahía de Chaleur 31
Capítulo 5: La cruz de Gaspé 41
Capítulo 6: La bendición del obispo 48
Capítulo 7: La bahía de San Lorenzo 53
Capítulo 8: A las puertas del Saguenay 58
Capítulo 9: Donnacona, señor de Stadaconé 65
Capítulo 10: Los tres diablos de Cudragny 70
Capítulo 11: Mont Royal 76
Capítulo 12: El gran invierno 87
Capítulo 13: El árbol de la vida 96
Capítulo 14: La traición del día de la Santa Cruz 103
Capítulo 15: El regreso a Saint-Malo 111
Capítulo 16: Roberval y los cinco navíos 116
Capítulo 17: Charlesbourg-Royal 122

Capítulo 18: En el umbral de los saltos 125
Epílogo 133
Apéndice cartográfico. 136
Glosario. 144
Cronología 148
Índice de lugares y personas 153
Para saber más 160
Fragmentos del texto original 165
Nota del editor 169

Introducción

En la mañana del 20 de abril de 1534, en la catedral de Saint-Malo, un hombre levanta la mano derecha y jura ante Charles de Mouy, vicealmirante de Francia, servir bien y lealmente al rey en su cargo. Se llama Jacques Cartier. Tiene cuarenta y tres años, el rostro curtido de los pilotos que ya han visto el Brasil y quizá Terranova, y detrás de él un centenar de hombres que repiten el juramento, la mano sobre los Evangelios. Fuera, en el puerto estrecho que sirve de antesala al océano, dos navíos de sesenta toneladas esperan la marea. Es poco, sesenta toneladas. Equivale a una barca de pescadores vascos. Pero es todo cuanto Francisco I ha consentido para ir a buscar, más allá de Terranova, las islas de oro y el paso hacia Asia que españoles y portugueses ya se han repartido mediante las bulas de Alejandro VI.

El mundo, en ese año, acaba de tambalearse sin advertirlo. Cortés había quemado las naves de Veracruz catorce años antes. Pizarro había estrangulado a Atahualpa el verano anterior. Magallanes, muerto en las Filipinas, había probado que la tierra giraba. Mientras tanto, Francia, que había contemplado a los ibéricos destripar el continente austral con una envidia cortés, decide al fin que le hace

falta una parte del Nuevo Mundo. Francisco I, salido vencido de Pavía pero afianzado por la paz de Cambrai, elige para esa parte a un hombre de Saint-Malo sin título, hijo de mercader, capitán de cabotaje. No un hidalgo, no un segundón de la nobleza. Un hombre del muelle, que sabe virar un navío en la bruma y contar sus brazas con la sonda. Así, por ese emparejamiento modesto de una corona y un piloto, comienza la presencia francesa en América del Norte, con cuarenta años de retraso respecto a Cristóbal Colón.

Cartier volverá tres veces. Tres viajes, tres Relaciones, tres actos de un mismo drama. En el primero, en 1534, descubre el golfo inmenso donde desemboca el gran río, planta una cruz de treinta pies en Gaspé y lleva de vuelta a Saint-Malo a dos jóvenes iroqueses, Taignoagny y Domagaya, hijos del señor de Stadaconé, capturados con el pretexto de un trueque amistoso. En el segundo, en 1535, remonta el San Lorenzo hasta el pie de una colina que bautiza como Mont Royal, contempla desde esa cumbre la lámina de agua, los saltos, las aldeas empalizadas, los campos de maíz, y comprende que tiene ante los ojos toda una civilización, campesina y fortificada, cuya existencia ningún europeo había sospechado. Aquel invierno, frente al puerto de Sainte-Croix, veinticinco de sus hombres mueren de escorbuto antes de que Domagaya, el niño capturado el año anterior, le revele la decocción del árbol annedda, que salva a los supervivientes. En el tercer viaje, en 1541, regresa con cinco navíos, colonos, un virrey llamado Roberval que tarda en reunirse con él, y la ilusión de que las piedras que ha recogido en el Cap Rouge son diamantes y oro. No son más que pirita y cuarzo. El manuscrito se interrumpe en pleno invierno, sobre las palabras desoladas de un traductor inglés: *the rest is wanting*. El resto falta.

Y ese cuaderno lleva en sí el malentendido que fundará todo el encuentro. En la bahía de Chaleur, en julio de 1534, los micmacs acuden a lo largo de la orilla agitando pieles, dispuestos a trocar. Es el instante más puro del relato: se intercambian cuchillos, camisas, rosarios, por pieles, sin tener una sola palabra en común. Tres semanas después, en Gaspé, el mismo capitán engaña a Donnacona, embarca a sus dos hijos con el pretexto de que volverán pronto, y parte. Volverán, en efecto, pero con una promesa de amistad que será traicionada. En 1536, el propio Donnacona es raptado y morirá en Francia. En 1541, Agona, su sucesor, recibe a Cartier con sonrisas de fachada. El guion se repite: se tiende la mano, se toma al otro, se dice que se volverá. Los pueblos del río aprenden, viaje tras viaje, que los rostros blancos no tienen la misma idea de la palabra dada.

La voz de Cartier, marino de Saint-Malo, más cómodo con una rosa de los vientos que con una pluma, alinea las coordenadas como un diario de a bordo, bautiza las islas con el santo del día, inventa nombres que luego le arrebatarán (la bahía de San Lorenzo, el Mont Royal, el Canadá), y conserva, de un extremo a otro, esa frescura de mirada que hace la grandeza de los cuadernos de viaje. Se asombra de los alcatraces, de las belugas blancas como el mármol, del tabaco que se aspira por las narices, de las sepulturas suspendidas de los árboles. Describe sin juzgar, o casi, lo que no era la costumbre de su siglo.

Que el lector, pues, embarque a su vez. Saint-Malo, 20 de abril de 1534, el alba. Las escotas restallan. La marea baja.



Retrato ilustrativo del capitán malouin con atuendo del siglo XVI, que representa al explorador hacia 1540, en la época de sus grandes navegaciones.

El juramento de Saint-Malo



El 20 de abril de 1534, en el muelle de piedra de Saint-Malo, el vicealmirante Charles de Mouy recibe el juramento de los capitanes ante dos pequeñas carabelas de sesenta toneladas, bajo un cielo bretón cubierto.

La isla de los Apponatz



El 21 de mayo de 1534, en la isla de las Aves, frente a Terranova, los marineros desembarcan entre colonias de grandes alcas (aponaz, especie hoy extinta, entonces llamada "gran pingüino") y alcatraces que cubren los acantilados blancos azotados por las olas.

La costa que Dios dio a Caín



Junio de 1534. Los navíos bordean la costa de Labrador, tierras desnudas y rocosas azotadas por la bruma y las gaviotas, tan desoladas que Cartier las compara con la tierra que Dios dio a Caín.

El trueque de la bahía de Chaleur



Julio de 1534. En la bahía de Chaleur, marineros franceses y micmacs intercambian cuchillos y herrajes por pieles, mientras los Salvajes bailan de alegría y se arrojan agua de mar sobre la cabeza.

Capítulo 1: El juramento de Saint-Malo

1534

El puerto de Saint-Malo todavía bullía con los últimos adioses cuando micer Charles de Mouy, caballero, señor de la Meilleraye y vicealmirante de Francia, segundo del almirante en la marina del rey, subió a bordo para recoger nuestros juramentos. Ante él, el capitán, los maestres y todos los compañeros de los dos navíos juraron, uno tras otro, comportarse bien y lealmente al servicio del rey, bajo la responsabilidad que se nos había confiado. Pronunciadas las palabras, ya nada nos retenía en la tierra de Francia.

Zarpamos el día veinte de abril de aquel año de mil quinientos treinta y cuatro, con nuestros dos navíos de unas sesenta toneladas de arqueo cada uno. Cada uno llevaba a bordo sesenta y un hombres. El tiempo nos fue favorable, y navegamos derechos hacia el oeste. El día diez de mayo, Terranova se alzó ante nosotros: tomamos tierra en el cabo Bonavista, a cuarenta y ocho grados y medio de latitud.

Pero la gran cantidad de hielos que derivaba a lo largo de esa costa nos cerró el paso. Tuvimos que buscar abrigo en un puerto que llaman Santa Catalina, a unas cinco leguas al sursudoeste del cabo, valiendo cada legua unos cuatro mil pasos de los nuestros. Allí permanecimos diez días cumplidos, aguardando el regreso del buen tiempo y poniendo en orden nuestras barcas. El día veintiuno de mayo, levantado un viento de oeste, dejamos ese puerto y fuimos llevados hacia el norte, un cuarto al nordeste del cabo Bonavista, hasta la isla de las Aves.

Esta isla nos apareció rodeada por completo de un banco de hielos rotos, quebrados en mil pedazos que ceñían sus contornos. No tiene apenas más de una legua de circunferencia, y sin embargo nadie creería, sin haberlo visto con sus propios ojos, la cantidad de aves que la cubren. Se diría que las han amontonado allí a mano; y hay cien veces más todavía que revolotean en el aire y flotan sobre el agua a su alrededor de las que caben en la tierra misma. Una parte de ellas son grandes como gansos, negras y blancas, con el pico parecido al de un cuervo. Esas nunca abandonan el mar y no pueden elevarse en el cielo, pues no tienen más que pequeñas alas, no más grandes que la mitad de una mano; pero con esos muñones nadan bajo el agua tan vivamente como las demás aves hienden el aire. Y son tan gordas que es una maravilla. Las llamamos aponaz. A pesar del banco de hielos, nuestras dos barcas llegaron hasta la isla y, en menos de media hora, se cargaron de ellas como quien carga piedras. Cada uno de nuestros navíos hizo salar cuatro o cinco barricas, esos toneles donde se conserva la carne en sal, sin contar las que comimos frescas.

Se encuentra también allí otra clase de aves, más pequeñas, que van por el aire y por el agua, y que se llaman araos: se apretujan y se alojan en la isla bajo las más

grandes. Otras, más gordas y todas blancas, se mantienen aparte en una parte de la isla; a esas es muy difícil acercarse, pues muerden como perros, y se las llama alcatraces. Aunque la isla está a catorce leguas de tierra firme, los osos pasan allí a nado desde la tierra grande para hartarse de esas aves. Nuestra gente sorprendió a uno, grande como una vaca y blanco como un cisne, que saltó al mar ante ellos y huyó. Al día siguiente, que era el día de Pentecostés, mientras poníamos rumbo hacia tierra, encontramos a ese mismo oso a mitad de camino sobre las aguas, ganando la orilla tan rápido como nosotros navegábamos a vela. En cuanto lo divisamos, le dimos caza con nuestras barcas y lo tomamos por la fuerza. Su carne era tan buena de comer como la de una novilla de dos años, una vaca joven que aún no había parido becerro.

El miércoles veintisiete del mismo mes, llegamos a la entrada de la bahía de los Castillos, ese estrecho que separa Terranova de la tierra del Labrador. El viento nos era contrario y los hielos aún numerosos. Nos vimos obligados a entrar en un puerto vecino de esa entrada, llamado el Rapont, donde permanecimos encerrados sin poder salir hasta el noveno día de junio. Ese día zarpamos para seguir adelante, con la ayuda de Dios. El Rapont se halla a cincuenta y un grados y medio de latitud.

Capítulo 2: Isla de las Aves

1534

Isla de las Aves

El décimo día de junio, llevamos nuestros navíos al puerto de Brest para aprovisionarnos de agua y leña. Aquella costa ya la conocía bien. Desde el cabo Rouge hasta el Degrat, la punta que marca la entrada de la bahía, la tierra corre de cabo en cabo, nornordeste y sursudoeste, bordeada de un extremo a otro por islas tan apretadas unas contra otras que solo se pasa entre ellas por estrechos canales. Esto procura, sin embargo, buenos puertos. El Rapont y el Degrat se hallan en la más alta de estas islas, y desde la cima se descubren las dos hermosas islas que están cerca del cabo Rouge, a veinticinco leguas de allí (cada legua, según el cómputo de Cartier, unos cuatro kilómetros).

Quien quiera entrar en el Rapont tiene la elección de dos pasos, uno al este, otro al sur. Pero que se guarde bien de la punta del este: allí no hay más que bajíos y tierra anegada. Es preciso costear la isla del oeste, a medio cable de la orilla o más, y luego mantenerse hacia el sur; y cuidarse además de los tres bajos que duermen bajo el agua en el

canal del este, esos escollos poco profundos que destripan un casco sin que se les vea. El fondo allí es bueno, tres o cuatro brazas (una braza de Cartier equivale a unos 1,6 metros).

Una vez aprovisionados, doblamos la bahía. El día de San Bernabé, que cae el once, tras oír misa, partimos en barcas más allá del puerto, hacia el oeste, para reconocer qué abrigos había allí. Anduvimos en medio de islas tan numerosas que no se podrían contar, que se extienden por casi diez leguas más allá de Brest. Pasamos la noche en una de ellas. El suelo estaba cubierto de huevos, huevos de pata, la hembra del pato, y de otras aves que anidan allí por millares, y de ellos hicimos nuestra provisión. A estas islas las llamamos Todas las Islas, por no poder nombrarlas una a una.

Al día siguiente, duodécimo día, avanzamos más lejos. Al fin del archipiélago se abría un buen puerto que llamamos Saint-Antoine. Una legua o dos más allá, un pequeño río muy profundo se adentraba hacia el sursudoeste entre dos tierras altas: otro buen puerto, donde plantamos una cruz y lo llamamos Saint-Servan. Al suroeste, a una legua aproximadamente, se alzaba un islote redondo como un horno, rodeado de otros más pequeños, que sirve de referencia para reconocer estos abrigos. Diez leguas más adelante, encontramos un río más grande, lleno de salmones, que llamamos el río Saint-Jacques.

Allí avistamos un gran navío. Venía de La Rochelle y había pasado toda la noche buscando el puerto de Brest, adonde pensaba ir a pescar, sin saber ya dónde se hallaba. Fuimos a su bordo con nuestras barcas y lo condujimos a otro puerto, a una legua más al oeste que el río Saint-Jacques. Este puerto lo tengo por uno de los mejores del mundo; lo llamamos el puerto Jacques-Cartier.

Si la tierra valiera lo que los puertos, sería una bendición. Pero dista mucho de ello. Más que Terranova, debería llamarse piedras y rocas espantosas y mal desbastadas. En toda esta costa del norte, donde desembarqué en muchos lugares, no vi con qué llenar una carretada de buena tierra. Salvo en Blanc-Sablon, nada más que musgo y pequeños bosques raquíticos. En suma, estimo que es la tierra que Dios dio a Caín, la parte maldita y estéril del primer asesino.

Se encuentra allí, sin embargo, gente de bastante buena corpulencia, pero fiera, y Salvajes. Atan sus cabellos en lo alto de la cabeza a modo de un manojo de heno retorcido, que sujetan con un clavo o algo semejante pasado a través, y les clavan plumas de aves. Hombres y mujeres se visten con pieles de animales; pero las mujeres van más cubiertas, más ceñidas en sus pieles y ajustadas por el cuerpo. Se pintan el cuerpo de colores curtidos, de ese pardo rojizo que tiene el cuero. Tienen barcas de corteza de abedul con las que salen al mar y capturan gran cantidad de lobos marinos, esas focas de las que hacen su sustento. Al verlos, comprendí que aquella no era su morada: vienen de tierras más cálidas para esta caza y para las demás cosas que les son necesarias.

El decimotercer día, siendo bueno el tiempo, volvimos a bordo con nuestras barcas para aparejar. El domingo catorce, hicimos cantar la misa. El lunes quince, levamos anclas fuera de Brest y pusimos rumbo al sur, para reconocer la tierra que veíamos del otro lado, más allá de dos islas. Llegados hacia la mitad de la bahía, reconocimos que era tierra firme, que presentaba un gran cabo doble, uno sobre otro: por ello lo llamamos el cabo Doble. En medio de la bahía, sondeamos a cien brazas y hallamos fondo de

fango; a cinco o seis leguas, cuarenta brazas. De Brest a este cabo, la travesía es de unas veinte leguas, y la tierra corre nordeste y sursudoeste, un cuarto al norte y al sur.

Al día siguiente, dieciséis del mes, costeamos hacia el suroeste, un cuarto al sur, unas treinta y cinco leguas desde el cabo Doble. Las tierras alzaban allí montañas muy altas y espantosas, recortadas y huecas; una de ellas se parecía a un granero, y llamamos a ese lugar los Montes de los Graneros. Entre estas alturas y el mar se extendían tierras bajas. Todo ese día, brumas y oscuridad nos habían ocultado el resto de la costa. Solo al anochecer se abrió una brecha en la tierra, como la entrada de un río, entre los Montes de los Graneros y un cabo que quedaba al sursudoeste, a unas tres leguas de nosotros.

Para quien quiera rehacer esta ruta, así es como se sostiene. Partiendo de la punta del Degrat para entrar en la bahía, se gobierna al oeste un cuarto al noroeste, y se doblan dos islas que quedan a babor, del lado izquierdo cuando se mira hacia proa. La primera está a tres leguas de la punta; la segunda, plana y baja, parece unida a la tierra firme y se halla a siete leguas de la primera: la llamé Sainte-Catherine. Que se le dé un buen rodeo, pues al nordeste, a un cuarto de legua, yacen arrecifes y malos fondos. De Sainte-Catherine al puerto de los Castillos hay quince leguas, nornordeste y sursudoeste; del puerto de los Castillos al puerto de los Montículos, que es la tierra del norte de la bahía, doce leguas y media; y a dos leguas de los Montículos, el puerto de la Ballena. A través de este puerto, en el tercio de la bahía, se sondea a treinta y ocho brazas, fondo de fango.

De la Ballena, se hace el oestesudoeste hasta Blanc-Sablon, guardándose de un bajo que aflora al sureste, y que de lejos se tomaría por un barco. A tres leguas mar adentro se abre una ensenada sin abrigo contra el sur ni el

sureste, y al sursudoeste de esta ensenada, dos islas: la isla de la Madera y la isla de las Aves. En esta última anidan en gran número araos y richards, esos frailecillos de pico y patas rojas que excavan sus madrigueras como conejos. Pasado un cabo a una legua de Blanc-Sablon, se encuentra un puerto y un paso llamados las Islettes, que valen más que Blanc-Sablon y donde la pesca es abundante. De las Islettes al puerto de Brest, en la misma dirección, diez leguas. Brest se sitúa a cincuenta y un grados, cuarenta minutos y cincuenta y cinco segundos de latitud, en medio de islas; y a lo largo de la costa, a más de tres leguas mar adentro, no hay más que islas bajas a lo largo de más de doce leguas, por encima de las cuales se divisan las tierras altas.

Capítulo 3: La costa que Dios dio a Caín

1534

La costa que Dios dio a Caín

El último cabo que dejábamos atrás estaba todo erosionado por lo alto, y por abajo se afilaba hacia el mar en una punta que el oleaje batía sin tregua; por esa razón lo llamamos cabo Puntiagudo. Al norte de él, a una legua, una isla llana posaba su línea gris sobre el agua. Queríamos reconocer esa entrada, ver si se escondía allí algún buen fondeadero, algún puerto donde guarecerse; así que arriamos las velas y pasamos la noche allí, esperando el día.

No llegó como esperábamos. Al día siguiente, decimoséptimo día de junio, el cielo se cargó desde el nordeste y nos cayó encima en tormenta. Hubo que ponerse al pairo, correr y capear, esa maniobra en la que se reduce el velamen para resistir al viento sin buscar ya avanzar, el navío tumbado y tenso contra el mar. El temporal nos empujó al sudoeste treinta y siete leguas, hasta la mañana del jueves, en que nos hallamos frente a una bahía sembrada de islas redondas. Estaban tan bien redondeadas que de lejos se

las habría tomado por esos altos palomares de piedra que se levantan en el campo; por eso las llamamos los Palomares, y a la bahía, bahía de San Julián. De allí, siete leguas más al sur, un cuarto al sudoeste, se alzaba un cabo que llamamos cabo Real; y al oestesudoeste de este, otro más, erosionado por abajo y redondeado por lo alto, con una isla baja a media legua al norte. A ese lo llamamos cabo de Latte. Entre los dos se extendían tierras bajas, y por encima de ellas se adivinaban a lo lejos tierras muy altas, surcadas de quebradas por donde parecían correr ríos.

A dos leguas del cabo Real, la sonda nos dio veinte brazas de fondo, y allí se abría la mayor pesquería de gruesos bacalaos que pueda hallarse. Mientras esperábamos a nuestro compañero, que tardaba en alcanzarnos, echamos las líneas para pasar el tiempo: en menos de una hora, más de cien bacalaos estaban a bordo. El mar que nos negaba un puerto nos ofrecía esto, a manos llenas.

Al día siguiente, decimoctavo día, el viento nos volvió contrario y soplando duro. Regresamos hacia el cabo Real, esperando hallar allí un abrigo, y echamos las barcas al agua para explorar la costa entre ese cabo y el de Latte. Por encima de las tierras bajas se abría una gran bahía, muy profunda, sembrada de islas; al sur, esas tierras bajas la cerraban y formaban un lado de la entrada, mientras el cabo Real formaba el otro. Pero esas tierras bajas avanzaban en el mar más de media legua, llanas y de mal fondo, y una isla se alzaba en pleno medio del paso. La bahía se halla a cuarenta y ocho grados y medio de latitud. Ese día tampoco hallamos puerto donde detenernos, y hubo que aguantar la noche en alta mar, con el rumbo al oeste, el navío entregado al mar.

No fue asunto de una sola noche. Desde ese día hasta el veintitrés, víspera de San Juan, fuimos zarandeados por la tormenta, el viento contrario y una niebla tan espesa que

nos encerraba. Ni una tierra, ni una referencia. Hubo que esperar al día de monseñor san Juan, el veinticuatro de junio, para que por fin apareciera una costa. Nos quedaba al sudeste; según nuestro cálculo, se hallaba a unas treinta y cinco leguas al sudoeste del cabo Real. El tiempo seguía brumoso y hostil, y no pudimos acercarnos. Pero como era su día, dimos a ese cabo entrevisto el nombre de cabo San Juan, y lo dejamos atrás, tras la bruma, sin haber puesto pie en él.

Al día siguiente, día veinticinco, el tiempo seguía malo, oscuro y ventoso. Corrimos al oestenoroeste parte del día, y al atardecer nos pusimos al través hasta bien entrada la noche, antes de zarpar de nuevo, con el viento pasado al noroeste. Navegando entonces al sudoeste durante quince leguas, vimos surgir tres islas. Dos de ellas, pequeñas, se alzaban rectas como murallas, a pico, imposibles de escalar; un canal estrecho se colaba entre ambas. Y todas estaban tan llenas de aves como un prado lo está de hierba: anidaban hasta dentro de las rocas. La mayor estaba toda blanca de alcatraces, esas aves más grandes que gansos; otra portaba tantas como ella, la tercera hormigueaba de araos, y al pie de esta se hallaban también araos y grandes aponaz, semejantes a los que ya habíamos masacrado en la isla de las Aves. Bajamos a la más pequeña y matamos más de mil; cargamos las barcas con todo lo que quisimos, y se habrían llenado treinta en una hora. A esas islas las llamamos islas de los Alcatraces.

Cinco leguas más al oeste, otra isla nos esperaba, larga de unas dos leguas y ancha otro tanto. Allí hicimos alto para pasar la noche, a fin de hacer aguada y leña. Estaba bordeada de arena, asentada sobre un buen fondo donde se pasaba en todas partes a seis y siete brazas, y era la más bella tierra que hubiéramos visto hasta entonces: un solo *arpent* (antigua medida agraria francesa, algo menos

de media hectárea) de aquella valía a mis ojos más que toda Terranova. La cubrían hermosos árboles, praderas, campos de trigo silvestre, guisantes en flor tan tupidos y tan hermosos como jamás vi en Bretaña, como si un labrador los hubiera sembrado. Crecían allí en abundancia grosellas, fresas y rosas rojas semejantes a las de Provins, perejil y otras buenas hierbas de perfume intenso. Todo alrededor merodeaban grandes bestias semejantes a grandes bueyes, que llevan en la boca dos dientes como colmillos de elefante y que viven en el mar. Una dormía en tierra, a la orilla del agua; empujamos las barcas para intentar atraparla, pero apenas estábamos sobre ella cuando se arrojó al agua y desapareció. Vimos allí también osos y zorros. A esa isla la llamamos la isla de Bryon.

Alrededor, grandes mareas corrían hacia el sudeste y el noroeste, fuertes, regulares. Por lo que vi, presumo que existe algún paso entre Terranova y la tierra de los Bretones, ese Cabo Bretón que nuestros pescadores ya frecuentan; y si la cosa se confirmara en el curso de este viaje, sería un gran atajo, tanto en tiempo como en camino. A cuatro leguas de la isla, un hermoso cabo cerraba el horizonte: lo llamamos cabo del Delfín, pues allí es donde comienzan las buenas tierras.

El veintisiete de junio, costeamos esa orilla, que corre de estenordeste a oestesudoeste. De lejos, parece no ser más que dunas, de tan bajas y arenosas que son sus tierras. El viento venía justamente de allí, directo hacia nosotros, y no pudimos ni abordar ni poner pie en tierra; nos contentamos con seguirla unas quince leguas ese día.

Al día siguiente, la costeamos diez leguas más, hasta un cabo de tierra roja todo erosionado. Antes de él se abría una ensenada que se hundía hacia el norte, sobre un país llano donde un cordón de arena y piedras separaba el mar de un estanque. De ese cabo hasta otro había cuatro

leguas: entre ambos, la tierra formaba un semicírculo bordeado de arenales dispuestos como un foso, y más allá se extendían marismas y estanques hasta perderse de vista. Antes del primer cabo, dos islitas se apretaban contra la costa; a cinco leguas del segundo, hacia el sudoeste, una isla muy alta y puntiaguda se alzaba solitaria, a la que llamamos Alezay. Al primer cabo lo llamamos cabo San Pedro, porque llegamos a él el día de ese santo.

Desde la isla de Bryon hasta allí, el fondo se había mantenido de buena arena, y la sonda regular, que decrecía a medida que nos acercábamos a tierra: veinticinco brazas a cinco leguas, doce a una legua, seis muy cerca de la orilla, en todas partes sobre un fondo limpio. Queriendo reconocer mejor esos parajes, arriamos las velas y nos pusimos al través, dejándonos derivar suavemente.

Luego, el penúltimo día del mes, el viento pasó al sur, un cuarto al sudoeste. Navegamos hasta el martes, último día de junio, con el sol ya alto, sin ver nada de tierra; pero llegada la tarde, al ponerse el sol, apareció una costa, que parecía formada por dos islas, a nueve o diez leguas hacia el oestesudoeste. Al día siguiente pusimos rumbo al oeste durante toda la jornada, unas cuarenta leguas, y en el camino reconocimos que esas dos islas no eran tales: era una sola tierra firme, que corría de sursudeste a nornoroeste hasta un cabo muy hermoso. A ese lo llamamos cabo de Orleans.

Capítulo 4: La isla de Bryon y la bahía de Chaleur

1534

La tierra sin puerto

Toda esta tierra era baja, llana, la más hermosa que se pueda ver, cubierta de bellos árboles y praderas. Y sin embargo, por más que la costeamos, no encontrábamos puerto: es tierra baja, plana, toda bordeada de arenales, donde en ninguna parte el mar se ahonda lo suficiente para abrigar un navío. Descendimos en varios lugares con nuestras barcas, y entre otros en un hermoso río de poco fondo. Allí avistamos barcas de Salvajes que lo cruzaban de una orilla a la otra; por ellas lo llamamos el río de las Barcas. Pero no tuvimos de ellos ningún otro trato, pues el viento venía del mar y cargaba sobre la costa, y tuvimos que retirarnos a toda prisa hacia nuestros navíos.

Navegamos hacia el nordeste hasta el día siguiente, con el sol ya en el este, primer día de julio. A esa hora llegaron las brumas y un tiempo cerrado; arriamos las velas hasta cerca de las diez, el tiempo que tardó el cielo en despejarse. Entonces reconocimos este cabo de Orleans, y otro

cabo que quedaba a unas siete leguas al norte, un cuarto hacia el nordeste, y que llamamos el cabo de los Salvajes. Al nordeste de este, a media legua, corre un arrecife y un banco de piedras muy peligroso, que hay que evitar desde lejos.

En ese cabo, un hombre vino hacia nosotros, corriendo por la costa detrás de nuestras barcas, y nos hacía muchas señas de volver a tierra. Al ver esto, nos pusimos a remar hacia él; pero él, al vernos regresar, huyó de inmediato y corrió delante de nosotros. Desembarcamos ante él y le dejamos un cuchillo y un cinturón de lana, colocados sobre un palo clavado bien a la vista; luego regresamos a nuestros navíos.

Ese día costeamos esta tierra unas nueve o diez leguas, esperando siempre un puerto, y siempre sin encontrarlo, pues, como ya dije, es tierra baja y plana. Descendimos en cuatro lugares para ver los árboles, que son maravillosamente hermosos y de gran fragancia. Reconocimos cedros, tejos (esos árboles de follaje siempre verde que dan pequeñas bayas rojas), pinos, olmos blancos, fresnos, sauces, y otras especies que no conocíamos, todos árboles sin frutos. Las tierras sin bosque son muy hermosas, todas cubiertas de guisantes, de grosellas blancas y rojas, de fresas, de frambuesas, y de un trigo silvestre que se parece al centeno, y que parecería sembrado y labrado por mano de hombre. Es una tierra del mejor clima que se pueda ver, y de gran calor; se ven allí cantidad de tórtolas, de palomas torcaces, esas grandes palomas de los bosques, y otras aves. No falta nada, salvo puertos.

La esperanza de un paso

Al día siguiente, segundo día de julio, avistamos al norte una tierra que se unía a la anterior, bordeada de la misma manera. Reconocimos que era una bahía de unas veinte

Fin del extracto

Acaba de leer las primeras páginas de
Diarios de viaje en Nueva Francia

El resto del viaje le espera, en tapa blanda y en ebook:

itinerarium-books.com/es/libros/jacques-cartier-diarios-viaje-nueva-francia/

Itinerarium Éditions · itinerarium-books.com